

"Los Avisos"

Samuel Chávez Donoso
Director General ReKrea.Ltda

Siempre hemos reconocido y alabado la sabiduría y el ingenio popular. Muchas veces, la expresión espontánea de un trabajador, por ejemplo, puede ser mucho más asertiva e ilustrativa que una elaborada definición hecha por los entendidos en una materia determinada.

Tal ocurre, por ejemplo, con el caso de los llamados **incidentes**, del tipo *cuasi-accidentes*. Se trata de un fenómeno interesante, por el valor predictivo que tienen; un concepto clave en los enfoques modernos de gestión de la prevención, pero que a veces resulta complicado explicar.

Pero los trabajadores lo entienden. Y lo entienden muy bien, porque los viven. Algunos les llaman "sustos"; otros se refieren a ellos como los "casi-casi"; los representan con la repetida frase "*me salvé por un pelo*" o, simplemente, con el "*estuve a punto de*".

Sin duda que hay un alto grado de imaginación en los trabajadores cuando comentan el concepto de cuasi accidente. Pero la experiencia más ilustrativa la tuve cuando Ruperto Maldonado, en una reunión que yo sostenía con un grupo de trabajadores mineros, me dijo: "Aquí les llamamos avisos, porque cada vez que ocurre uno, nos está avisando que algo malo puede pasar".

¡Y es así! Hay mucha sabiduría en la afirmación de Ruperto, porque los incidentes nos anuncian, nos advierten, nos avisan... que un accidente puede ocurrir. Es como si fuera el accidente mismo que golpea a nuestra puerta anunciando su proximidad.

¿Y qué hacemos frente a estos avisos? ¿Cómo reaccionamos en la práctica ante estas advertencias?

Veamos un ejemplo real: A pesar de los años, aún está fresco en nuestra mente el recuerdo del fatídico accidente del Challenger, ocurrido el 28 de enero de 1986. La imagen mostrada por la televisión, en el mismo instante en que ocurría el accidente, todavía perdura en la mente de millones de televidentes de todo el mundo, que nos acomodábamos en el sillón para ser testigos de la nueva gran hazaña.

Sin embargo, a sólo segundos del despegue, el mundo estalló, conmocionado, en exclamaciones de asombro y de incredulidad: todos los tripulantes muertos, millones de dólares perdidos y el fracaso de los científicos e ingenieros de una poderosa nación, se escondían tras el infernal estallido de la nave.

Después vinieron las investigaciones; ¡muchas investigaciones! ¿Conclusión?: había fallado un sencillo dispositivo. El anillo-O de la unión de montaje del Impulsor del Cohete y el de la unión de la boquilla del mismo impulsor, no habían respondido. ¡Pero no era la primera vez! A partir de la décima misión del Programa y hasta la vigésima quinta (el vuelo del Challenger), más de la mitad de las misiones habían experimentado escapes o erosión de los mismos dispositivos.

... Pero no se les dio la suficiente importancia. ¡Ni siquiera se reportaron a los niveles adecuados de la Administración!

En definitiva, hubo varios , anunciando que la gran hazaña podía transformarse en la gran desgracia. Y la desgracia ocurrió... ante los atónitos ojos del mundo entero.

Hoy se reconoce que el examen más superficial de estos incidentes habría indicado que se estaba desarrollando una situación grave y potencialmente desastrosa, en todas las juntas del Impulsor del Cohete.

Pero nosotros podemos obtener de esta experiencia traumática una enseñanza ventajosa. Porque cada empresa de nuestro país es un Challenger: cada día, a cada instante, se están produciendo **avisos** en que nuestros "amigos", los cuasi-accidentes, nos advierten que algo malo puede suceder.

Y si tras haber sido "avisados" no actuamos con diligencia, nuestra responsabilidad es obviamente mayor. ¿O no?

Sería bueno, entonces, que cuando los cuasi accidentes nos avisan que algo malo o no deseado va a ocurrir, nos diéramos por enterado. Porque, como diría mi amigo Ruperto...

..."No hay peor sordo que el que no quiere oír".

